



Mauro MUÑOZ

ESPAÑA

NO ES DE IZQUIERDAS

España es del paro, del atraco, del abuso impositivo, la mamandurria y el carnet político entre los dientes. Del abuso en la ventanilla ministerial y del "vuelva usted mañana", de la improvisación, la chapuza y la sangre terrorista.

A todas esas cosas han contribuido, con entusiasmo, los socialistas. Pero España no es de izquierdas. Ni por su obra histórica, ni por su talante, ni por su alegría, ni por la dura y tierna identidad de sus pueblos, ni por el apego a la familia y la desconfianza ante el Estado. No es de izquierdas. Ni por supuesto, de derechas. Al término "de derechas" habría que estrecharlo y estrecharlo contra las paredes que blanquean el sol de estos días, y fijo la fecha en Madrid porque parece que la podredumbre nacional del egoísmo se concentra en esta capital mordiendo en la carne de los políticos que han ganado y en la de los que han perdido. A su vez, a la expresión "ser de izquierdas" habría que enterrarla. La izquierda lleva el hacha en la mano, incluso la más sentimental y profunda; mientras la derecha lleva las llaves de la despensa, pero lo que aquí ocurre es que, sin que nadie quiera desvelar el misterio ni declarar sus intenciones últimas, están en pugna, con una virulencia de hecho inédita en los últimos treinta años de Occidente, dos modelos de sociedad irreconciliables: uno, el de la libertad; otro, el de la tiranía. Y ocurre también que la democracia ampara a ambos, porque una de sus características es admitir el principio de contradicción. Uno de esos modelos repite y acumula contra el otro las posibilidades operativas revolucionarias que las libertades conllevan. ¿Para qué quiere la li-

bertad si no es para hacer la revolución?, preguntan, por ejemplo, los comunistas. La libertad es un instrumento para hacer la revolución, dicen, a su vez los fascistas. Y en ese tremendo modelo, la sociedad corre el peligro de ahogarse.

El tiempo histórico de ahora es formalmente rojo porque España es de izquierdas en las urnas, por unos cientos de miles de votos de más; y es de derechas, en unos millones de votos de menos.

Todo ésto es cierto, pero no consume la totalidad de lo que se llama España: hombres, trabajo, historia, futuro, sea o no la sociedad votante. Caer en el permanente éxtasis de las alternativas políticas como expresión máxima de la convivencia significaría la paralización de la vida nacional. Las elecciones son un mecanismo del proceso democrático y decantan las inclinaciones o preferencias de los españoles por unas u otras propuestas; pero, en sí mismas, no define el sentido total de nuestras vidas, ni como ciudadanos con responsabilidades, ni como personas humanas con creencias. Y, sin embargo, esa alineación parece desprenderse de la actitud de los cuerpos políticos. No hemos terminado de votar y ya hacen los cálculos y orientan los esfuerzos y las vehemencias ideológicas hacia la propaganda del noventa y, antes, de las próximas convocatorias municipales y autonómicas. Si la pura estrategia por resolver los problemas por medio del voto se consolida, viviremos pendientes de la seducción propagandística, sea de uno u otro signo, a que seremos sometidos desde todas partes, y la sociedad no será más que un gigantesco y deforme Narciso que se

mira en las aguas sin otro motivo para ello, solo por deleitarse ante la belleza de su propia agonía.

La democracia se define por la libertad y, en sí misma, no tiene otro sentido. Por éso, el actual gobierno y partido en el poder, en la última y más responsable instancia de su función, administra a quienes se les antoja la revisión y el estímulo del estado de las libertades creativas. Son previas a ellos. No están ahí para definirlos, recortarlos, concederlos o guardárselos, sino para mantener las posibilidades de su desarrollo. Por éso, si las aprovecharan para introducir, con ansiedad de permanencia eterna, su modelo ideológico estarían traicionándose como gobernantes y apuñalándonos como ciudadanos; y lo mismo ocurriría con sus adversarios si hicieran lo mismo.

El objetivo supremo del sistema es conseguir la libertad nacional, la libertad de cada uno de nosotros, para entrar con ellas en las posibilidades de la modernidad, porque solo ellas garantizan y estimulan la fuerza que nos lleva a perfeccionarnos. Por éso, al borde del verano, los trapos que sacan al sol los partidos políticos son suciedades intragables, ambiciones indignas de los españoles, que son algo más que sus propios votos...

Nuestro futuro no está en llegar a 1987, ni al 90, seducidos por determinado programas políticos, sino convencidos de que nuestras vidas, como hombres, merecen la pena. Esa es la garantía de que el futuro se escriba día a día..

Ay de los que quieran torcer los renglones de esa escritura...